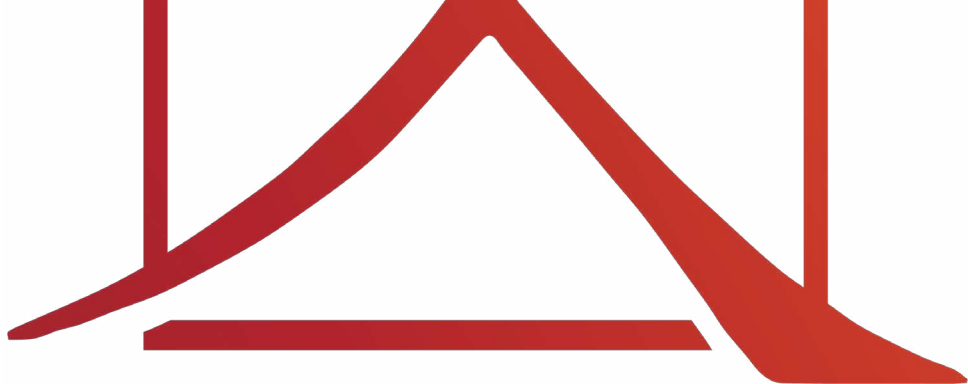




UN
DIENTE
DE
León

Dandelion



UN DIENTE DE LEÓN

Dandelion





©2021 Dandelion

©2021 Taika Editorial S.A.S
Calle 63C 21 24 Ap. 201
Muequeta, Barrios Unidos
Bogotá, Colombia, 111221
contacto@taikaeditorial.com

PRIMERA EDICIÓN, JULIO 2021

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Jazmín Bautista
Alejandra Canela

DISEÑO DE PORTADA

©Mara Garibay

ILUSTRACIONES

©Dandelion
©Alejandro Harper

ISBN DE LA OBRA
978-958-53228-8-2

No se permite la REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL de este libro ni su incorporación a un sistema informático, así como tampoco su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea este electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos presentes o futuros sin el permiso previo y por escrito de los titulares del COPYRIGHT.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de DELITO contra la propiedad intelectual.

EDITADO EN COLOMBIA E IMPRESO EN MÉXICO

[ÍNDICE]

[PRIMERA PARTE]

CAPÍTULO I	9
CAPÍTULO II	11
CAPÍTULO III	14
CAPÍTULO IV	17
CAPÍTULO V	21
CAPÍTULO VI	25
CAPÍTULO VII	30

[SEGUNDA PARTE]

CAPÍTULO VIII	45
CAPÍTULO IX	51
CAPÍTULO X	59
CAPÍTULO XI	69
CAPÍTULO XII	77

[TERCERA PARTE]

CAPÍTULO XIII	83
CAPÍTULO XIV	87
CAPÍTULO XV	95
CAPÍTULO XVI	101

CAPÍTULO XVII	105
CAPÍTULO XVIII	111
[CUARTA PARTE]	
CAPÍTULO XIX	119
CAPÍTULO XX	123
CAPÍTULO XXI	127
CAPÍTULO XXII	135
CAPÍTULO XXIII	145
EPÍLOGO	155

«No hay fuerza alrededor, no
hay pociones para el amor».

SERÚ GIRÁN

Siempre pensé que las personas que te acompañaban a lo largo de tu camino se describían de dos maneras: mejores amigos y almas gemelas. El amor y la amistad forman parte esencial del día a día, de una vida entera.

¿Qué pasa cuando uno de ellos se va antes de tiempo? ¿Dolor infinito? No sé qué tan eterno, pero sí aseguro lo persistente que es. ¿Qué sigue entonces? Es posible que solo una de esas partes no sea capaz de complementar el vacío que dejó la otra con su partida.

Aun así, Nicolás me ayudó a mantener vivo y cálido ese espacio vacío, le dio más amor a nuestra amistad¹.

1 **N. DE LA A.** Uso del español rioplatense. Esto significa que se presentarán algunas palabras coloquiales vinculadas al país en donde se ambienta esta historia y acentuaciones tónicas, a veces presentadas con tilde, en palabras que en el español neutral generalmente son esdrújulas (principalmente en verbos). No deben confundirse con faltas ortográficas ni gramaticales.

[PRIMERA
PARTE]



[CAPÍTULO I]

ALMAS PERDIDAS

¿ALGUNA vez han visto ambulancias tan de cerca?

Las sirenas que rompen sus tímpanos en pedazos, el vaivén de desconocidos en apuros; sentirse totalmente elevado y desorientado sin moverse del lugar.

Ojalá no... Esto no se lo deseo a nadie.

—¡Por favor, retírense, permitan trabajar!

—¡Mi novia está ahí! —gritó mi amigo—. ¡Emi, decí algo!

Estaba atónito. Los vagones del tren no tenían obligada forma, estaban destrozados por completo contra ese ómnibus que cruzó en infracción porque las barreras no funcionaron cuando debían. Al ver a los socorristas hacer su trabajo, corrí hacia ellos buscando a mi persona... Mariana. Sus recuerdos, sus sonrisas, sus lágrimas, su habla, su pensar; tantas cosas buenas, malas, feas y hermosas que habíamos vivido... Como una catástrofe, todo se desbordaba de mi mente, y deseaba que nada fuera a desaparecer.

Me detuve, aunque más bien me detuvo el bombero al pararse frente a mí. Retrocedí un paso y, al instante, mi cuerpo fue jalado con histeria desde los hombros. Era mi amigo, quien se apoyó en mi cuerpo para gritar:

—¡Natalia! —Sus ojos estaban inundados.

Busqué la dirección de su mirada. ¿Cómo describir tan sanguinaria escena?

La voz de Nicolás enmudeció abruptamente luego del grito por ver a su novia en ese estado. Corrió hacia ella, pero no le permitieron acercarse más. Natalia no respondía.

—¡A ver, permiso! —Rápido pasaban otros socorristas con más camillas y equipos. Entonces, supe que ahora me tocaba a mí.

Giré para verla... Mi Mariana... Tampoco respondía. Desesperado intenté alcanzarla, pero me retenían y me alejaban cada vez más de ella. De repente, noté que me miraba, sí, estaba seguro de que sus ojos no estaban del todo dormidos, sé que me estaban mirando... Incluso yo... creí ver que me sonrió. Y me estaba despedazando, esa sonrisa me estaba despedazando.

No daba más, juro que no soportaba tanta ansiedad y angustia.

«No... No te vayas, no me dejes, no sé qué haría sin vos... No sé qué hacer ahora. ¡No sé!».

—Emi... —Levanté la cabeza despacio y crucé miradas con Nicolás—. Emi... Se me fue. Natalia se me fue.

Lo abracé contra mí con la poca fuerza de voluntad que me quedaba. Acepté todo dolor que venía a apuñalarnos como a tantas otras personas en ese trágico día. Lo que también trataba de aceptar era que probablemente Mariana tampoco estaría allí para mí al día siguiente. Nicolás y yo caímos moribundos, pero más juntos que nunca, en un profundo pozo.

[CAPÍTULO II]

TIEMPOS DE DOLOR

LO escuché acercarse y ubicarse detrás de mí apoyando su mano en mi hombro.

—Perdón —comenté—. Esta semana fue difícil para todos... ¿Cómo te sentís ahora?

—Sigo hecho mierda. Los días pueden seguir pasando y, aunque tenga menos ganas de llorar, la culpa de no haberme despedido y el dolor siguen ahí. —Sonrió agachando la cabeza—. No creo que pueda superar esto.

—No sé si decir que te entiendo, ni yo sé lo que siento en este instante... ¿Tengo que estar feliz porque está viva o seguir llorando como lo vengo haciendo porque no despierta?

Quedamos en silencio varios segundos, ni pude calcular cuántos, pero después de todo dejó escapar una risita acompañada de un «Qué vida de mierda» y se sentó en el sillón de descanso en el que yo solía dormir cuando me quedaba.

—¿Dónde está su familia?

—Nos turnamos, ellos se quedan toda la noche y yo todo el día.

—O sea que... ¿tenés tiempo de bañarte?

—Sí, estúpido. —Reí un poco forzado—. Antes de ayer fue la última vez que lo hice.

—Sos un asco. —Me sonrió.

Me levanté un momento de mi lugar para sentarme en el apoyabrazos del sillón. Comenzamos a reírnos un poco de nuestros aspectos, hablábamos sobre las personas que no veíamos hace meses, o incluso años, y que después de la tragedia volvieron a aparecer momentáneamente solo para dejar algún hipócrita mensaje de apoyo y luego volver a desaparecer. Casi no hablamos de Natalia y casi no hablamos de Mariana; hablar de ellas nos ponía mal a los dos. Nicolás se aguantaba demasiado para no tocar el tema, y más se aguantaba todavía al saber que yo necesitaba el apoyo de la experiencia que tuvo por si algo parecido me ocurría.

Durante un tiempo, solo nos dedicamos a mirar la cama ocupada por Mariana, incluso se atrevió a mencionar que parecía dormida; le di la razón solo para seguir mirándola.

Ella no dormía boca arriba, decía que dormir así le daba pesadillas; me preguntaba qué clase de sueños tenía esos días, o si es que soñaba acaso. Ella tampoco dormía tan calmada, solía moverse mucho por las noches cuando yo compartía sueño a su lado; a veces me daba la espalda y durante la noche no se estaba quieta hasta abrazarme o viceversa. Otras veces se quejaba o me abrazaba fingiendo dormir para evitar que yo me levantara; había noches en las que su antebrazo le tapaba los ojos o sollozaba porque el dolor de cabeza recurrente que sufría no se le pasaba hasta que caía en los sueños de alivio.

Cada pequeña cosa nada importante en una persona se vuelve poesía nostálgica cuando uno las extraña y se atreve a asegurar que daría lo que fuese por tener esos momentos otra vez.

[...]

Catorce días pasaron. Mariana abrió los ojos en la noche cuando yo estaba en casa. En el camino, su mamá me avisaba por mensajes de texto algunas cosas que supuse no eran ciertas, obvio exageradas, pero igual agradables: «Quiere dibujar», «Sonrió», «Quiere hablar». Podía imaginarlo todo.

Y de pronto...

«¡Vení rápido!».

«¿Por dónde estás?».

«¡Se la llevaron de urgencia!».

«Le agarró una taquicardia».

Con ese tremendo nudo en el pecho le llamé a Nicolás explicando la situación. No quería estar solo.

Otra vez corría entre esos pasillos blancos. Nicolás ya estaba allí, en la sala de espera.

—¡Nicolás! ¡¿Sabés algo?!

—Recién llego. Sé lo que vos me contaste nomás.

Apenas unos segundos después, en la sala, se hicieron presentes mis cuñados y mi suegra abrazada a uno de ellos. Cada uno, expectantes, tomaba asiento, como si fueran la angustia y la incertidumbre en persona. La tensión alrededor de nosotros era tortuosa. Nicolás mantenía su mano en mi hombro.

A partir de eso, todo comenzó a moverse muy rápido, a perder equilibrio y color; todo se hizo oscuro...

«¿Paro cardíaco?».

«Terapia intensiva».

«Es mejor que estén preparados».

«Aún no tenemos noticias claras, seguimos trabajando...».

«¿Podría reunirse la familia García, por favor...? Mi más sentido pésame».

[CAPÍTULO III]

QUIERO IR CON VOS

AMBOS quedamos fríos... Solos...

«Emi, me voy a mudar solo».

Ambos estábamos sufriendo.

«Dejáme ir con vos», fue lo que respondí.

Hacía más de tres meses que nuestras novias habían fallecido. Ambos sufríamos la inminente pérdida de nuestras compañeras, ambos combatíamos la depresión como mejor podíamos. Encontramos nuevos vicios: nos peleábamos en la calle con cualquiera, respondíamos mal, éramos irrespetuosos, cretinos, agresivos... y, luego de todo, tomábamos alcohol hasta caer desmayados llorando por ellas. Sin embargo, estábamos juntos porque nadie más que nosotros entendía este dolor maldito.

Y luego Nicolás quería mudarse.

No lo culpaba. Yo no podía seguir en este barrio, viendo cada esquina, escuchando cada voz que imploraba verla, que fuera la voz de ella. Él tampoco podía.

Así que lo primero que respondí a ese mensaje fue que quería ir con él. Si él iba a seguir sufriendo lejos de todo esto, ¿por qué no ir juntos? Después de todo, nos necesitábamos.

Poco después de eso recibí su llamada.

—¿Hola?

—Emi, donde voy a vivir no es igual a Chilavert o Ballester, allá puede ser un poco más decadente, hasta peligroso.

—Pero yo tampoco puedo seguir acá, estamos en la misma...
Decíme, ¿encontraste un alquiler?

—Este... Sí, es barato. Bueno, comparado con los de esta zona, es barato.

—¿Y a cuánto te queda del laburo?

—Como a media hora más, pero me las puedo arreglar.

—Hacéme la segunda. Fijáte si me podés hacer entrar en la fábrica mientras tiro currículum por esa zona, agarro lo primero que salga para ayudar con el alquiler.

—Pero... —Tal vez lo estaba incomodando.

—Por favor, quiero ir con vos. —Yo lo seguía necesitando y sabía que él también a mí.

—¿Por qué? Tu vieja está preocupada por vos. Mis viejos ya entendieron; a mí ya no me queda más nada acá, todo me hace mal. Voy a volver a mi viejo barrio y...

—No quiero estar todavía más lejos de vos. No me dejes solo, Nico.

—Eh... Emi, yo...

—No me dejes solo, por favor.

Solo escuché un gran suspiro del otro lado de la línea, resignado.

—Dale... Mañana llega el flete, hablaré con tus viejos.

—Gracias.

—Te quiero, Emi.

—Te quiero, Nico.

Después de lo sucedido, se nos había hecho costumbre decirnos «Te quiero» al despedirnos. La paranoia siempre estaba ahí, amenazando, como una pistola que apunta y no sabés si tiene o no balas.

Los «Te quiero» suenan lindos, demasiado melosos para dos chicos, pero los nuestros no sonaban ni lindos ni melosos. No.

Esos «Te quiero» te hacían sentir que eran los más tristes que escucharías alguna vez.

¿Quién sabe si lo decíamos de parte nuestra o como si fuese de parte de ellas para nosotros?

[CAPÍTULO IV]

DESVÍO

HACÍA dos meses que me mudé con Nicolás. Las cosas nunca iban como esperábamos. Al final no pude entrar a la fábrica por recomendación de él, y no importó cuánto currículum tirara, nunca me llamaron de ningún lado.

Él podía seguir manteniendo el alquiler trabajando dos horas extras por el hecho de que en ese entonces éramos dos bocas que alimentar. Por otro lado, lo único que yo podía hacer era tener la casa limpia, cocinar, lavar, cosas típicas de alguien sin laburo.

Nicolás trabajaba diez horas en la fábrica de costura. Se levantaba a las seis de la mañana, salía a las siete, llegaba a las ocho. Él trabajaba desde esa hora hasta las seis de la tarde, a veces hasta las siete, y tipo a las ocho de la noche llegaba agotadísimo. Por lo menos, al final de la quincena cobraba lo necesario, además de que nuestras familias a veces nos mandaban un poco de mercadería o plata.

Pero Nicolás parecía llevar la depresión mejor que yo. Era como si nunca quisiera dejar de laburar, así se distraía él. En cambio, yo aprovechaba las tardes para tomar una lata de cerveza y ver tele nada más, dormir o llorar en silencio. No comía al mediodía, solo cocinaba de noche para cenar junto a Nicolás.

Entonces, a partir de esos días, las cosas se pusieron un poco... raras entre nosotros. Sabíamos de la paranoia, de estar pendientes

el uno del otro y comunicarnos cada vez que se podía para tranquilizar al contrario, pero no sabíamos a qué llevaría eso.

Pasó como ya conté, sobre los mensajes lindos y esas cosas. Después, las llamadas cada vez que él entraba y salía del trabajo, luego solo ocupábamos el tiempo libre para encerrarnos y no ver a nadie... y finalmente esa noche.

Bueno, él llegó; yo ya había terminado de sacar la pizza del horno y estaba esparciendo el queso cuando me sorprendió al abrazarme desde atrás.

—Hola, mamá —me dijo carcajeándose y me hizo reaccionar de un salto. Sí, también sonreíamos de vez en cuando.

—Che, ¿cómo te fue? —pregunté de pura costumbre.

—Lo mismo de siempre, pero... ¡es sábado! Así que por fin puedo descansar otra vez.

—Ojalá pudiese ayudarte más —respondí. Él solo se rio.

Como decía, estaba preparando pizza; siempre me fue bien en lo que a cocina se refiere, aunque las ganas eran otra cosa, pero bueno, no había opción. Era sábado, eso significaba comer y después ponernos gravemente ebrios.

Las horas pasaron, era de madrugada, así que, con la poca sobriedad que me quedaba, me dirigí al baño y me lavé la cara. Al salir, le avisé a Nicolás que iba a extender las frazadas para acostarnos, pero cuando lo miré, él ya estaba dormido en la mesa.

Levantarlo costaba mucho. Nicolás era más alto que yo por poco y cuando dormía, lo hacía como un tronco.

Me acerqué para empujarlo despacio hasta que escuché un gímateo de su parte.

—Dale, Nico, andá acostarte en tu cama.

—Dejáme —escuché que me dijo a duras penas.

Volví a zamarrearlo para que se despertara y me alejó de un manotazo.

—¿¡Eh, qué hacés, pelotudo! —respondí a su agresión no de la mejor manera, después de todo, los dos estábamos ebrios.

Nicolás se levantó tambaleante de la silla y observé su cara. No estaba seguro, pero parecía que se había quedado dormido mien-

tras lloraba; estaba rojo, sus ojos también, y como contrastaba con su pelo rubio, se le notaba a mil.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Emiliano? —farfulló enojado.

En mi estado etílico, pude haber interpretado que me estaba echando de la casa, pero en vez de seguir discutiendo y probablemente irme en medio de la noche en esas condiciones, preferí empujarlo y meterme en la habitación con un portazo.

Lo único que escuché fue que Nicolás volvió a abrir la heladera, tal vez para seguir tomando. En cambio, yo me dormí a los pocos minutos.

Tipo a las cinco de la mañana, me desperté por el chillido de la puerta del cuarto. Me relajé, ya sobrio, y pensé que Nicolás se estaba por acostar al fin, pero no lo escuché caminar por la habitación ni nada.

Levanté entonces la cabeza en dirección a la puerta y lo vi apoyado en el marco. Acostumbré mis ojos a la poca claridad que entraba desde el comedor y le dije:

—Nico, ¿ya te vas a acostar?

Escuché que se rio. Después lo vi caminar un poco más adentro y cerró la puerta. Ya no pude ver nada. Volví a escuchar sus pasos dirigiéndose hacia mí y, con manos torpes, lo sentí buscar mi cara.

—Emi... ¿Acá estás? —preguntó.

—Sí, decíme —respondí mientras con mi mano aparté la suya de mi ojo izquierdo.

—Perdonáme... No quiero que te vayas... —Ah, entonces sí me había echado en su arrebato.

—Está bien, no me voy a ir. Andá acostarte a tu cama.

Él se mantuvo ahí arrodillado al lado mío. Seguí escuchando cómo murmuraba incoherencias y, de repente, pareció encontrar las palabras que buscaba.

—La extraño —me dijo.

—Yo también —respondí suave. No quería ponerme melancólico ahí estando con él. La pasaba así todo el día cuando no estaba conmigo. Suficiente—. Acostáte, dale.

Se quedó en silencio; tampoco escuché si se levantó, pero el sueño me ganó poco a poco y le resté importancia. Y entonces pasó...

No lo había oído ni visto porque estaba de nuevo casi dormido, pero sí, Nicolás se había acercado a mí y me había... bueno, no sé si fue sin querer, pero la cosa es que... sentí sus labios sobre los míos y no reaccioné.

No entendía muy bien, ya que mi sueño pesado me mantenía ausente, estaba confundido. Incluso pude aceptar que, cuando movió sus labios un poco, yo lo seguí... Era una sensación hipnotizante y confusa, como si estuviese paralizado, sin importarme la somnolencia.

Segundos más tarde, se alejó con lentitud y pude escuchar cómo se desplomaba en su cama. Para cuando fui consciente, me moría de vergüenza. ¿Qué carajos había pasado? No pude pegar ojo hasta que salió el sol.

[CAPÍTULO V]

¿FUE UN SUEÑO?

No sabía la hora, pero no pasaba del mediodía seguro.

Sentía que Nicolás me sacudía en la cama y me llamaba por mi nombre. Yo me giré molesto dándole la espalda y él me destapó finalmente para que yo me despertara de una vez por todas.

Escuché su risa. Amargado le dije:

—Nico, qué ganas de hinchar los huevos que tenés.

—Levantáte, chabón, vamos a salir; está relindo el día.

Me senté en la cama con las piernas cruzadas y, desde abajo, vi su resplandeciente sonrisa... Como si hubiese recuperado la que tenía días antes del accidente; aunque sabía por sus ojos que no era así.

—Dale, Emi —me dijo—. Acompañáme a la feria a buscar precios.

Gruñí de enojo y me levanté de mala gana de la cama para ponerme las pantuflas.

—Pero nos dormimos retarde, ¿cómo podés estar tan activo?

—Lo relojeé de arriba a abajo y luego a sus claros ojos avellana—. Y hasta ya estás preparado, yo tengo una paja de vivir...

Se rio y apoyó su mano en mi cabeza para despeinarme más de lo que ya estaba.

Nicolás se dirigió a la cocina y yo al baño. Me lavé la cara, me sequé, me cepillé los dientes y me miré al espejo para arreglarme el pelo. Quedé pensativo, encontré mis labios en el reflejo e inmediatamente el recuerdo del beso en la madrugada atravesó mi cabeza. ¿En realidad había pasado eso?

Me puse rojo y lamentablemente se notaba mucho más por tener la piel clara. Dejé de mirarme al espejo y me acerqué a la puerta, pero no la abrí. No estaba del todo seguro qué había ocurrido la noche anterior; digo, ambos estábamos ebrios.

¿Y si lo había soñado?

Tal vez estaba soñando con Mariana y al tener allí a Nicolás se irrumpió haciéndome pensar en él... Qué vergüenza.

Decidí salir. Caminé hasta la mesa, Nicolás me sonrió y me extendió el mate en mi dirección. Lo recibí gustoso; traté de olvidar aquel beso, no debía de pensarlo tanto. Chupé la bombilla y, al terminar, lo devolví. Agarré unos bizcochitos de grasa y me los mandé a la boca.

—Tengo algo de plata extra, quiero ir a comprar alguna boludez en la feria, por eso me levanté más temprano.

—Pero, ¿no podemos ir por la tardecita? —pregunté quejumbroso.

—No, porque a partir de la una de la tarde ya empiezan a cerrar los puestos.

—¿Es muy lejos?

—Nah, es acá nomás en la avenida. Todos los domingos a la mañana la cortan por la feria y hay de todo. Vamos un rato, quiero que lo veas.

Una vez que me arreglé, salí del cuarto. Él se levantó, agarró su billetera y salimos. La Feria de Libertador era enorme: más de diez calles atiborradas de puestos que variaban desde cosas básicas de almacén hasta muebles, ¡había de todo!

Nos divertimos mirando. Él compró unas remeras al dos por uno y me regaló la blanca mientras él se quedó con la negra. De todas formas, como teníamos el mismo talle, hablábamos de intercambiarlas cuando tuviéramos ganas.

En un puesto de comida rápida boliviana, compramos dos conos de papas fritas con salchichas o, como ahí en el barrio le decían, «salchipapas». Condimenté con exagerado ketchup mientras él me repetía que me había excedido. Compramos un agua mineral para lavarme las manos del condimento que me quedó en ellas y de paso nos sacamos la sed. Cuando los puestos comenzaron a desarmarse, nosotros decidimos irnos. En el camino, Nicolás compró dos licuados: el mío de banana y el de él de frutilla y durazno. A los minutos, llegamos de vuelta a casa sin poder consumir siquiera la mitad de la helada y dulce bebida.

—Es genial esa feria, boludo.

—¿Viste que te dije? Tenemos que ir el otro domingo.

—De una.

Me senté en la silla del comedor y me dediqué a tomar mi licuado. Nicolás entró al cuarto a probarse la remera. Cuando salió de la pieza, se hizo el lindo parándose frente a mí.

—Mirá, Emi. ¡Ja! Alta facha, ¿eh?

—Te queda bien.

Frunció el ceño y se sentó a mi lado.

—«Ti quidi bin»; qué halagos los tuyos, eh. Cero onda. —Casi se me salió el licuado por la nariz al escucharlo y verlo poner esa ridícula cara.

—Dale, Nico, dejáme tomar.

—Si anoche tomaste demasiado —dijo riendo y me empujó con la mano.

Reí también y me volví hacia él para insultarlo, pero cuando me di cuenta, Nicolás estaba mirándome anonadado, rojo y en silencio.

—Che, ¿te pasa algo?

—Emi... —susurró confundido arqueando la ceja—. ¿Añoche te hice algo?

La puta madre: ese recuerdo otra vez.

Le esquivé la mirada y Nicolás se acomodó pensativo en su silla. Seguramente yo estaba rojísimo. Volvió a mirarme ansioso, me llamó diciendo:

—¡Ya me acordé! —Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva. ¿Era capaz de decirlo?—. Perdonáme... Anoche flashé y te quise echar, ¿no?

[Ah... Dios... Menos mal...].

—Sí, boludo, pero no te di bola y me fui a acostar. Estabas re en pedo.

—No quiero que te vayas.

Volví a mirarlo fijamente. Estaba serio y hasta parecía arrepentido por decirme esa pelotudez.

—Ya sé, Nico. No me voy a ir a ningún lado. Eso de anoche fue una pavada nada más.

—Hmm... Gracias. —Sonrió aliviado—. De verdad, no sé qué hubiese hecho sin vos en todo este tiempo.

Si esperaba tranquilizarme al decir eso, lo único que lograba era ponerme más inquieto. Después del sueño del beso, que Nicolás me dijera ese tipo de cosas me ponía de los nervios. Bueno... Esperaba que hubiera sido un sueño.

[CAPÍTULO VI]

FLORES

PASÓ una semana desde que anduvimos por la feria. Así que nuevamente era domingo, pero esta vez no iríamos a pasear ya que teníamos otro destino más nostálgico que nos esperaba.

Creí estar seguro y, cuando nos plantamos en la puerta, me di cuenta de que todavía me faltaba más valor.

—Ah... No vengo desde el entierro.

—¿Posta nunca viniste a verla después?

—No... No podía, estuve en negación tanto tiempo que me era imposible entrar.

Las piernas me temblaban y tenía una sensación de anudamiento en mi pecho. Estaba a punto de dejar caer una lágrima, pero entonces Nicolás me abrazó por los hombros y me sacudió el pelo.

—No te olvidés que estoy acá. Vamos a hacerlo juntos.

Respiré hondo, sequé mis ojos. Esto era duro, pero teníamos que hacerlo. Atravesamos una de las entradas del cementerio de San Martín y caminamos entre las callejuelas; cortamos camino por los nichos. Mi corazón se sentía tan pesado, instantáneamente me daba una impresión de muerto vivo. Nicolás miraba a otras direcciones, intentaba disimular las lágrimas que se le escapaban.

Al final, subimos unas rampas, dimos la vuelta por otro lado y caminamos un poquito más hasta que nos encontramos en la primera tumba.

Apreté la mandíbula, mi garganta se achicaba. Me dio la sensación de dolor por un oxígeno que no distinguía si era carente o si era demasiado; de ambas formas molestaba.

Me arreglé el cuello de la remera nueva que me regaló Nicolás y solté un largo suspiro. Él sobó mi espalda y me extendió el puñado de flores que arranqué de camino para Mariana.

Al sentirme listo, doblé mis rodillas para quedar a la altura de la fotografía que se posaba en la lápida. Ahí sonreía con los labios sellados y sus ojos avellana bien abiertos, similares a los de Natalia y los de Nicolás, con la diferencia de que los únicos ojos que ahora existían eran los de él, porque los de ellas solo podíamos verlos en esas imágenes congeladas. Melancólico, miré desde abajo a Nicolás, que sonreía en señal de aliento. Busqué sus ojos y volví a mirar la fotografía: tan parecidos; era como si ella me mirase a través de los de él. Vi de nuevo la tumba. Estaba frente a ella. No sabía qué decir. ¿Qué podría decirle a un pedazo de mármol? Mariana no estaba allí... Los restos de su cuerpo sí, pero ella ya no. Su alma ya se había ido, su voz se cortó de golpe como cuando alguien desenchufa un micrófono; sus ojos ya eran dos cuencas vacías, sus labios ya no debían tener el grosor que los caracterizaron o, también, solo habían dejado de existir; su corazón se detuvo aquel día en que yo no llegué para verla despertar... Su cerebro se apagó y se guardó tanto por aprender, por construir, por dibujar y escribir mezquinando su todo a este mundo... Y ella ya no estaba allí...

—¿Emi?

Lo inevitable llegó.

Lloré, lloré sin gimotear, sin espasmos o movimientos bruscos. Lloré como si las lágrimas fueran el equivalente de respirar, así de natural y automático... Lloré porque ella ya no existía... porque ella ya no...

—Ya no está... —modulé apenas.

Nicolás sonrió dolorosamente, se sentó a mi lado y vio mis ojos aguados reflejarse en los suyos... y en su mirada veía tan viva

la de ella que me quedé hipnotizado allí mientras él me hacía el favor de secarme las mejillas con sus manos.

—¡Ja! Siempre que venía a ver a Natalia, yo decía lo mismo —comentó—. Todos me decían que ella descansaba ahí, que lo aceptara. Pero no, nunca la sentí en esa tumba... Y no sé dónde puede estar, pero... —Él también comenzaba a derrumbarse—. Pero siempre me siento acompañado por ella y con eso me basta.

»Solo visito su tumba para llorar donde dicen que la dejaron. Donde en realidad esté debe de ser un lugar cálido, porque siempre me transmite esa calidez cuando la pienso.

»Y tampoco dejo de pensar que Mariana está con ella. Pero cuando pienso en ella, la sensación es triste y fría, aunque nada desagradable; es como la que dispersás vos todo el tiempo.

—Ellas no están acá... —repetí enfatizando el plural.

—No... Acá solo se viene a llorar, pero cuando vos sientas el frío melancólico del que te hablo, es porque la vas a empezar a sentir cerca tuyo, igual que yo al sentir la tierna calidez de Nat... Y seguro que cuando lo sientas, el frío de ambos se va a convertir en calor.

—Ella no era fría —respondí aún con la mirada fija en sus ojos.

—Emi... Ella murió fría y triste... y eso no se puede cambiar. Seguramente quería seguir a tu lado, pero no tuvo la fuerza y se marchó... —Las palabras de Nicolás se hilaban como si las arrastrara la brisa que movía sutilmente su flequillo. Palabras delgadas como hojas de papel que en el descuido cortan—. Y ahora el mundo que compartimos es el más agónico en el que pudimos haber estado alguna vez.

Estaba seguro que eso último fue tan íntimo, que el cerrar de sus ojos delataba el arrepentimiento súbito que ganó con decirlo lo suficientemente alto como para que yo escuchara.

¿Cómo podían ayudarnos este tipo de reflexiones? No podían, era aceptar una eterna angustia, fuerte y oscura, que arrasaba con todo dentro de nosotros. Era aceptarla y sonreírle en su puta cara para luego decirle: «Ya sabemos que esto es una mierda, pero hay algo que no nos podés quitar y eso te mata».

Nos abrazamos despacio, sonriendo. Al separarnos, dejé en el florero el ramillete de dientes de león: algunos completos, otros desenhebrados y algunos inmaduros con un fuerte color amarillo. Tomé uno de ellos, lo ubiqué frente a mis labios y, susurrando con más aire que voz, dije:

—La sigo amando. —Sí, a ella, no a esa tumba.

Las hebras del diente de león volaban con la brisa, se alejaban cada una por su parte entre los vecinos de muerte que tenía Mariana; uno cayó en su foto, quedó pegado en su nariz. Sonreí... Sí que amaba los dientes de león, eran su flor favorita.

—«Un diente de león: a quien le lleguen sus partes, es a quien voy a amar» —citó bajito y Nicolás confundido arqueó una ceja—. Ella escribía historias. Una de ellas tenía esa frase... Era algo cliché. —Reí.

Nicolás se asombró por el recuerdo y luego sonrió al comentar:

—Es verdad, Natalia me hizo leer la misma, creo. Me acuerdo de una frase que me gustaba mucho. A ver... —Pensó un poco y luego siguió—: «La vida puede ser tan dura o tan frágil como un diente de león». Esa es.

—Sí... También es la que más me gusta.

Me puse de pie y despedí la tumba de Mariana; caminamos hasta la de Natalia. Entonces, como si fuese rutina de Nicolás, sacó las flores viejas, puso las nuevas que compró en la entrada, acarició la foto en donde aparecía su novia y se acercó a besarla. Al contrario de mí, él se puso a hablar con ese lugar vacío, como si realmente Natalia estuviera allí. Yo permanecí en silencio. Él lloró un poco: le contaba que la extrañaba como nunca, que la seguía amando; le contaba todo lo sucedido en los últimos meses y que por el trabajo estaba viniendo menos. Pero que, cuando todo mejorara, vendría a llorar más seguido, más ahora que yo me había animado a venir y hacerles compañía. Le susurró algo que no llegué a escuchar y le sonrió con esa sonrisa que solo sabía dedicarle a ella.

Las sonrisas de Nicolás parecían hacer de él una persona fuerte.

—¿Hace cuánto no venías?

—Hace como un mes. En realidad, venía todos los domingos en la mañana mientras vos dormías hasta tarde.

—¿En serio? ¿Cómo hacés para levantarte tan temprano?

—Me acostumbé a dormir poco por el trabajo y el insomnio, pero le sacaba provecho en esto. Como últimamente he estado más tranquilo, comencé a dormir de largo el último mes y no pude venir.

—Ah...

Nicolás volvió a besar la foto y la despidió hasta el próximo domingo.

Nos dirigimos a la salida. Cruzamos la calle y esperamos el colectivo.

Me liberé del peso muerto que me dio entrar al cementerio y me estiré sobre mis hombros.

—Así que el domingo que viene volvemos, ¿no? —dijo él.

—Ah... sí. Ahora que empieza la primavera, puedo traerle un ramo de dientes de león cada vez que vengamos.

—Sí, y todos te van a ver cada domingo como «el boludo que viaja en el bondi con dientes de león». —Se rio cuando se ganó un codazo de mi parte.

Vi el cielo en celeste puro y despejado, cerré los ojos por un momento y me dirigí a Nicolás otra vez.

—Podríamos ir a la plaza a tomar mates.

—Dale, estaría bueno. Vamos —concordó al instante entusiasmado.

Entonces, al llegar a casa, agarramos el juego de mate, compramos unas galletitas y fuimos a pasar el día a la plaza más cercana.

«Algo que no nos puede quitar la angustia...».

Mientras siguiésemos juntos, nada más nos iba a quitar. Nuestra amistad era más fuerte que esa puta angustia.

[CAPÍTULO VII]

SEGUIR ADELANTE

A nuestra rutina se había agregado ir todos los domingos al cementerio a llevar flores. Luego comenzamos a ir cada dos semanas y a veces íbamos por separado. Más que nada, fuimos reduciendo las visitas para ahorrar dinero en el viaje ya que había aumentado mucho la tarifa de transporte público en esos últimos meses.

Ya había pasado más de un año desde el accidente. Mi cumpleaños número dieciocho fue en octubre, el cual celebré solo con Nicolás, mi hermano menor y mi mamá. Las fiestas de Navidad y Año Nuevo a la medianoche las pasamos cada uno con nuestras familias para luego al mediodía juntarnos.

Nuestras familias decían que nos veíamos mejor, un poco más alegres, que estaban contentos por nosotros, que nos hizo bien estar juntos..., pero que teníamos que seguir adelante. Y así nos repetían que éramos jóvenes y que debíamos planear nuestros futuros, debíamos mirar al frente y comenzar a luchar para estar mejor, pero por separado. No estaba mal, tenían razón. Que nos sintiéramos miserables no aportaba nada a nuestras vidas. Sin embargo, tampoco era fácil dejar de pensar en las chicas de un día para otro; tampoco lo era separarme de la única persona que podía

comprenderme tanto, la única que lograba hacerme reír y la única que había hecho más por mí que yo por ella... Había pasado más de un año y yo debía separarme de Nicolás.

Al término de los días de febrero, dejamos el pago del mes final, y cuando el flete comenzó a andar, tocaba el momento de irnos.

—Bueno, no pensé que llegaría este día —me dijo Nicolás sonriendo.

—Tampoco yo, ni siquiera pensaba en seguir viviendo... Gracias por dejarme quedar con vos todo este tiempo —respondí devolviendo la sonrisa mientras nos sentamos en la orilla de la vereda.

—Fue muy duro todo. Tampoco hubiese podido soportarlo sin vos. De verdad, gracias, Emi.

Me sacudió el pelo entre risas y nos quedamos mirando el coche del padre de Nicolás que nos pasaba a buscar. Relojeándola, nos despedimos de aquella casita que había sido nuestro hogar por meses, nuestro refugio, a la que siempre le tendríamos cariño.

El hombre bajó del auto directo a saludar a mi amigo y lo abrazó con fuerza. Le acarició el rostro y le dijo que se subiera a la parte trasera. Luego, mientras Nicolás estaba entrando, su padre se dirigió a mí también a saludarme.

—¡Emiliano! —dijo Jorge con su cálido carisma y me abrazó sacudiéndome el pelo. Al parecer, era costumbre de la familia Aguirre despeinar a todo aquel conocido al que le tuviesen afecto.

Subimos al auto y enseguida comenzó a andar. Dimos el último vistazo al alquiler para despedirnos y agradecerle por resguardarnos, por ser nuestro hogar. Después nos centramos en Jorge que nos sacaba charla.

—Estoy muy feliz por ustedes, chicos, me alegra de verdad que estén saliendo adelante.

Ambos respondimos para dar las gracias y luego Nicolás sugirió ir a comer a una parrilla que quedaba de camino.

Lamentablemente estaba llena y no íbamos a salir temprano si nos quedábamos a esperar. Ya era la una de la tarde, así que seguimos por la avenida y en una esquina encontramos un puesto de choripán.

Nicolás y su viejo le pusieron chimichurri, yo me tiraba más por la salsa criolla. Nos paramos a comer sentados contra la pared de una esquina en la vereda mientras le contamos a Jorge cómo había sido tener que arreglárnosla por nuestra cuenta en la casita.

—Ya me imagino el desastre de esa casa —nos dijo riendo.

—No, viejo, nada más durante los findes estaba un poco desordenada; ya en la semana, Emi andaba de ama de casa y estaba todo en orden.

—«Ama de casa» las bolas —refunfuñé mientras reían.

—Pero estuvo bueno seguro. Yo siempre quise irme a vivir unos años con mis amigos, pero nunca organizamos nada. Aunque, claro, lo suyo fue por otro tema.

Apenas sonreímos. Miré a Nicolás y me apené. Todavía no nos despedíamos y no me hacía a la idea de vivir sin él.

De verdad sentía que iba a extrañarlo muchísimo, así lo viera dos veces por semana. Yo comenzaría a hacer los trámites de ingreso a la universidad y estudiaría Medicina. Nicolás volvería a la facultad de Artes Visuales.

Nuestras vidas debían continuar... Incluso si creímos dejarlas enterradas junto con Mariana y Natalia.





contacto@taikaeditorial.com